

En el cielo a Dios contempla
Una monja sevillana
Que de amar tanto a los pobres
Es amor prendido en llama.
Ángela de la Cruz su nombre,
Del necesitado hermana
Que de amar tanto a Cristo
Por crucificarse clama
En ese Cristo que vive
Que es el que a tu puerta llama
Ese pobre vergonzante
Ese que no tiene nada
Ese que la mano tiende
Perdida ya la esperanza
Y de tanto amar a Cristo
Y a su cruz
De tanto amarla
Sor Ángela de la Cruz
Cristo te ha llamado Santa

Rvdo. Sr. Director Espiritual de esta Venerable, Humilde y Fervorosa Hermandad y Párroco de este templo de San Antonio de Padua.

Sr. Hermano Mayor y Junta de Gobierno de la Venerable, Humilde y Fervorosa Hermandad y Cofradía de Nazarenos del Santísimo Cristo de la Caridad en el misterio de su Sagrada Mortaja, María Santísima de la Piedad, San Bernardo y Santa Ángela de la Cruz.

Sr. Presidente del Consejo Local de Hermandades y Cofradías de Algeciras.

Sr. Teniente Alcalde del Excmo. Ayuntamiento de Algeciras.

Sres. Hermanos Mayores y dignísimos representantes de las hermandades y cofradías de Algeciras.

Sr. Presidente de la Tertulia Cultural Cofrade La Levantá.

Sras. y Sres. Hermanos todos en el amor de Jesucristo y de María.

Permítanme que inicie, esta, mi humilde intervención mostrando mi agradecimiento.

Agradecimiento a la junta de gobierno de mi hermandad de la Sagrada Mortaja, encabezada por su hermano mayor D. Francisco Javier Pino Guzmán, por haber confiado en mí para realizar esto, que es a una vez, profunda satisfacción e inmensa responsabilidad. Gracias por permitir que sean mis humildes palabras las que este año ensalcen las virtudes de “madre Angelita”.

Gracias a mi presentador, Francisco Javier Vega por sus amables palabras, nacidas sin duda del afecto y de la amistad que nos une. Elogios que sinceramente creo no merezco, ya que si algo he intentado hacer a lo largo de mi vida es aquello que reza el lema de nuestra hermandad **“TOMA TU CRUZ Y SIGUEME”**

Llegados a este punto permítanme un segundo para dedicar esta exaltación a Santa Ángela de la Cruz. No como se suele hacer en estos casos a una persona querida de mi; pareja, familiar o amigo. A ellos les dedico todos y cada uno de los días de mi existencia tratando de hacer realidad el mandamiento del amor. Quiero dedicar esta exaltación a Cristo Crucificado en los Pobres, a todos y cada uno de esos cristos del día a día, a los pobres y necesitados, a los enfermos, a los maltratados y marginados, a los que sufren violencia y persecución. A todos ellos Cristos Crucificados en la tierra, los seres más queridos para Santa Ángela está dedicada esta exaltación.

Me han pedido que te exalte

Santa Ángela de la Cruz.

Me han pedido que te exalte

y que a tu nombre de luz

¿Cómo puedo yo exaltarte

sabiendo como eras tú?

Tú que en tu humildad y pobreza

de Dios hallaste la Luz

Y en ser la primera pobre

La corona hallaste tú

Me han pedido que te exalte

¿Cómo puedo yo exaltarte?

¿Cómo puedo yo exaltarte

Santa Ángela de la Cruz?

Esta es la historia de una mujer humilde y sencilla, de una mujer que con su maravillosa sencillez y su amor extremo a Cristo Crucificado y por Cristo a los pobres ha alcanzado de Dios y de la Iglesia el reconocimiento de la santidad.

Pero no es la suya la santidad del mártir que en un gesto supremo sacrifica la propia vida y la entrega por su fe, ni la del pontífice que gracias a su poder terrenal realiza o intenta realizar la obra de Dios, no es la santidad del teólogo o del doctor de la Iglesia, que iluminado por Dios y con el poder de su razón teoriza y construye la doctrina de la Iglesia descubriendo las verdades del evangelio.

Esta es la historia de un amor, amor a los pobres, y por medio de los pobres a Dios.

BREVE SEMBLANZA HISTORICA

María de los Ángeles Guerrero González nació en las afueras de Sevilla el día 30 de enero de 1846. Fue bautizada el 2 de febrero siguiente en la parroquia de Santa Lucía. Hija de Francisco y de Josefa. Su padre era cocinero del convento de los Trinitarios y su madre costurera del mismo convento. Tuvieron catorce hijos, de los que solamente seis llegaron con vida a la mayoría de edad. Angelita fue poco al colegio, aprendiendo a escribir, sin dominar la ortografía, algo de aritmética y el catecismo. Desde niña compartía con los más pobres los pocos bienes que tenían en la familia, pues les llevaba mantas de su casa cuando no tenían ellos para todos. A los doce años tuvo que ponerse a trabajar para ayudar a su familia como aprendiz en la zapatería Maldonado, donde también se rezaba diariamente el rosario, y tuvo sus primeras experiencias místicas.

El canónigo que confesaba a Angelita, el padre Torres, le ayudó a encontrar lo que Dios le pedía: ser monja. En 1865, acompañada de su hermana Joaquina, llamó a las puertas del Carmelo que había fundado en Sevilla santa Teresa de Jesús, pero, a pesar de su gran capacidad para la vida contemplativa, no fue admitida porque no tenía suficiente salud para la vida tan austera del Carmelo.

En 1868 entró como postulante en las Hijas de la Caridad del hospital central de Sevilla, pero nuevamente por su salud fue trasladada a Cuenca, por si le sentaba mejor aquel clima. En 1870 tuvo que dejar definitivamente a las Hijas de la Caridad, a pesar de su entrega y fidelidad generosa.

Resignada a vivir como «monja sin convento», volvió a su trabajo y se sometió en obediencia a su director espiritual, hasta que en 1875 vio durante la oración el monte Calvario con una cruz frente a la de Cristo crucificado. Después de escuchar las quejas de los pobres que sufren, escribe al padre Torres: «Si, para aconsejar a los pobres que sufran sin quejarse los trabajos de la pobreza, es preciso llevarla, vivirla, sentirse pobre... ¡qué hermoso sería un instituto que por amor a Dios abrazara la mayor pobreza!», surgiendo de este modo la inspiración de fundar una «Compañía».

El 2 de agosto de 1875 el padre Torres celebraba la Eucaristía en la iglesia del convento jerónimo de Santa Paula, a la que asistían, con Ángela, otras tres mujeres, dispuestas a desentrañar el misterio de la cruz en la oración y en el servicio a los pobres. Se trasladaron a vivir a un cuarto alquilado en la calle de San Luis, nº. 13, en el que había una mesa, unas sillas y unas esteras de junco que servían de colchón y de almohada, un crucifijo y un cuadro de la Virgen de los Dolores. Nacían así las Hermanas de la Cruz. Luego pasaron a la calle Hombre de Piedra, junto a la

parroquia de San Lorenzo y de allí, por necesidad de espacio, pues empezaron a recoger a niñas huérfanas de los enfermos que atendían a una casa más grande en la calle Lerena, en 1881, a la calle Cervantes y finalmente, en 1887, a la calle Alcázares (hoy denominada Sor Ángela de la Cruz), donde morirá sor Ángela

En 1894 sor Ángela viajó a Roma, pudiendo entrevistarse con el Papa León XIII, quien más tarde concedió el decreto inicial para la aprobación de la Compañía, que firmaría en 1904 san Pío X.

En 1907 sor Ángela asumió el gobierno y la responsabilidad de su instituto religioso como primera madre general, reelegida cuatro veces. Pero en 1928, cuando ya tenía 82 años de edad, la Santa Sede remitió el asunto de la confirmación de su elección a la discreción del cardenal, para que se eligiera otra religiosa distinta de la fundadora. Cuando se leyó, ante todas, que habría que elegir esta vez otra religiosa, quedaron consternadas las demás. La Madre se arrodilló ante los pies del visitador, se los besó y añadió una expresión originalísima suya: «Dios se lo pague a Dios», para indicar que agradecía a Dios la manifestación de su voluntad y que era lo que ella deseaba. Salió elegida la hermana Gloria. La Madre quedó oficialmente como superiora general honoraria y consejera espiritual de todas.

El 7 de julio de 1931 la madre Ángela tuvo una trombosis cerebral en julio perdió el habla y, después de nueve meses clavada en la cruz, desde su tarima alzó el busto, levantó los

brazos al cielo, abrió los ojos y sonrió dulcemente, suspiró tres veces y se apagó su respiro en este mundo, cayendo recostada sobre su tarima. Su espíritu estaba desde hacía tiempo en las manos del Señor. Toda Sevilla pasó durante tres días por la capilla ardiente hasta que su cuerpo fue enterrado por privilegio especial del gobierno de la Segunda República Española en la cripta de la casa madre.

Dos días después el Ayuntamiento republicano de la ciudad de Sevilla, presidido por el alcalde don José González y Fernández de la Bandera, decidió por unanimidad que constase en acta el sentimiento de la Corporación por la muerte de la religiosa y decidió se rotulase con su nombre la entonces llamada calle Alcázares, donde estaba y continúa el convento. Esta decisión tiene gran importancia, si tenemos en cuenta las ideas anticlericales imperantes en la época.

Sus hijas espirituales se han transmitido como testamento sus últimas palabras: «No ser, no querer ser, pisotear el propio yo». Pero hacía ya tiempo que había escrito para sí misma con toda autenticidad: «La nada calla, la nada no se disgusta, la nada todo lo sufre... La nada no se impone, la nada no manda con autoridad, la nada, en fin, en la criatura es la humildad práctica». Había vivido particularmente iluminada como maestra en la práctica de la virtud.

Fue beatificada por Juan Pablo II el 5 de enero de 1982 y canonizada por el mismo el 4 de mayo de 2003.

Carisma y Espiritualidad

Sor Ángela de la Cruz nació predestinada para entregarse a Dios en los pobres.

De familia humilde, su pobreza no le impedía, ya desde niña para compartir los pocos bienes de los que la familia disponía con los más necesitados.

Su vocación a la vida religiosa surge pronto, de la mano y consejo de su confesor, el padre Torres.

Pero es tras sus fallidos intentos de ingreso en el Carmelo y en las Hijas de la Caridad cuando Dios la llama a su verdadera vocación. Fundar una Compañía que se entregase a Cristo en los Pobres.

Su alma caminó de claridad en claridad a través de las pruebas interiores más terribles, apoyada en la clarividencia y firmeza de su director, hasta las cumbres del desposorio espiritual con Cristo. El 22 de marzo de 1873 comienza a descubrir con nitidez su carisma personal de ser ante Dios y la Iglesia Ángela de la Cruz. Tuvo una Visión durante la oración: el monte Calvario con una Cruz frente a la de Cristo crucificado. Se sintió llamada por él a crucificarse de modo semejante a él en la otra, «con unos deseos tan vivos y un ansia tan vehemente y un consuelo tan puro, que no me quedaba duda que era Dios quien me invitaba a subir a la

Cruz». Al respecto escribió “Al ver a mi Señor crucificado deseaba con todas las veras de mi corazón imitarle; conocía con bastante claridad que en aquella otra cruz que estaba frente a la de mi Señor debía crucificarme, con toda la igualdad que es posible a una criatura...” Guiada por su vocación a la pobreza y al auxilio de los pobres descubre que es en esa cruz, donde debe crucificarse, decidiendo llevarla, vivirla y sentirla con los pobres y creando una compañía que por amor a Dios abrazará la mayor pobreza.

Frente al árbol de la Cruz

Jesús, mío, tan amado

Hoy me hallo de este estado

De andar buscando tu Luz

Y al verte mi Dios, clavado

En ese madero, inerte

No me asusta más tu muerte

Que él no estar clavada al lado

Por ello mi Cristo amado

Yo moriré por amarte

Clavada podré encontrarte

En quien camine a mi lado

En sus Papeles íntimos plasmó su proyecto, de una dimensión social y eclesial sin parangón por su identificación con los necesitados. En ellos hablaba de la necesidad de hacerse pobre con los pobres, resumida en su famosa sentencia **“LA PRIMERA POBRE YO”**

De ahí en adelante, no volverá atrás en la dirección indicada por esa gracia: la pobreza, el desprendimiento de todo lo terreno a imitación de san Francisco, y la santa humildad, su característica más típica, traducida en humillación: «Que no haya otro estado tan bajo, tan despreciable, tan humillante, al que yo no pertenezca»

Se le descubría la necesidad de rebatir con la vida de estas nuevas religiosas la corrupción de su siglo. Los librepensadores del tiempo piensan en las religiosas como en gente que no quiere trabajar y buscan una vida cómoda; y de las que se dedican a la caridad, no saben sino mandar sin que a ellas les falte nada. La regla de estas religiosas había de demostrar con el ejemplo que, por sólo amor de Dios, se abrazan con todo lo contrario. Había de reunir en una sola vida la penitencia de los padres del desierto con la caridad de san Vicente de Paúl, la contemplación y pobreza de la más oculta religiosa con la vida laboriosa de quien trabaja para aumentar el socorro de los pobres.

Pensaba en jóvenes desprendidas de todo lo terreno, hasta de ellas mismas, sin nada terreno más que la ropa puesta y esta de

limosna, «sin flores ni estampas ni ninguna clase de animalitos, para que en nada pueda apegarse el corazón», ocultas y desconocidas, y sin ninguna apariencia que las haga especiales, una comunidad de vida extraordinaria por su penitencia, obediencia y mortificación en todo. De oración continua a imitación de los ángeles, que bajan del cielo para aliviar a sus hermanos los hombres sólo cuando Dios se lo manda. Silenciosas por las calles, lo único que debería distinguirlas es la modestia, compostura y dulzura con que habían de tratar a todos.

En la casa había de reinar un profundo silencio, con sus paredes blancas y toda muy limpia. En el corredor ningún mueble, más que de trecho en trecho un cuadrito sencillo con la estación del vía crucis. El ajuar basto y limpio. Todo había de ayudar y convidar a la oración, al desprendimiento de todo, sugerir la limpieza de cuerpo y de espíritu, predicar la pobreza sólo con su estilo y el seguimiento de Cristo crucificado.

Las hermanas como ángeles deberían volar con diligencia a la asistencia de los pobres enfermos a domicilio, para evitarles el desconsuelo de verse abandonados. Las hermanas visitan de día y asisten a la vela nocturna del enfermo que tiene necesidad de ello, llevan a los pobres la ayuda que recaban de quien tiene posibilidades, colocan a las jóvenes (hasta abrieron una escuela para las huérfanas solas); preparan a los moribundos y amortajan a los difuntos. Separadas del mundo, se encierran en su casa como

ermitañas, después de haber consolado a los pobres y enfermos. No se dedican a relaciones con el mundo; pero siempre hay alguna al cuidado de la puerta para atender al pobre que llame. Pero están dispuestas a salir de su retiro, si se trata de algo urgente, como llevar un confesor a un moribundo o algo semejante.

El estilo y espiritualidad de sor Ángela de la Cruz se ha conservado así en nuestro tiempo. El pueblo ama y admira a las Hermanas de la Cruz así como son.

Múltiples son los testimonios de admiración, devoción, y cariño que el pueblo ha realizado a favor de Santa Ángela de la Cruz, de la Beata María de la Purísima y de la Hermanas de la Cruz sirva de ejemplo la oración de la novena a Santa Ángela de la Cruz:

Dios de toda bondad, que iluminaste a Santa Ángela virgen con la sabiduría de la Cruz para que reconociese a tu Hijo Jesucristo en los pobres y enfermos abandonados, y les sirviese como humilde esclava.

Concédenos la gracia que te pedimos, por su intercesión, en esta novena.

Así también, inspira en nosotros el deseo de seguir su ejemplo, abrazando cada día nuestra propia cruz, en unión con Cristo Crucificado, y sirviendo a nuestros hermanos con amor.

Te lo pedimos por el mismo Jesucristo Hijo tuyo y Señor nuestro.

Amen

HE DICHO